

## Santa Mónica. Lecciones espirituales valiosas para el siglo XXI

### RESUMEN

En el presente artículo tratamos de adentrarnos, en clave teológico-espiritual, en algunos rasgos de la figura de Santa Mónica. La estructura del estudio es sencilla y posee cuatro secciones. La primera se detiene a espigar algunos de los datos biográficos más sobresalientes de la santa tagastina. La segunda focaliza su atención en algunas de las cualidades más luminosas con que Dios adornó a la madre del obispo de Hipona<sup>1</sup>. La tercera intenta rescatar algunas facetas en las que la santa que nos ocupa aparece como especial modelo a imitar en nuestros días. La cuarta y última presenta una oración que el propio San Agustín pronunció tras la muerte de su madre, y que dejó registrada en conf. 9,36-37. Todo lo anterior nos persuade de que Santa Mónica nos brinda lecciones valiosas y atinadas a los cristianos que vivimos en esta hora de la historia<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> La localización de los textos exactos en los que San Agustín habla de su madre, Santa Mónica, se encuentra registrada en MANDOUZE, A., *Prosopographie Chrétienne du Bas-Empire*, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris 1982, pp. 758-762.

<sup>2</sup> Recomendamos ampliar conocimientos sobre Santa Mónica en A.A. VV., *Voz «Monica (Santa)»: Encyclopédia Universal Ilustrada Europeo-Americanas*, Ed. Espasa-Calpe, T. 36 (1991) 150-152; AGUDO ROMEO, M<sup>a</sup> del M., «El elogio a una mujer cristiana del s. IV: Santa Mónica según las “Confesiones”», en *Actas del IX Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, Zaragoza, 18 al 21 de noviembre de 1992, vol. 1, Zaragoza 1994, pp. 21-26; ÁLVAREZ, U., *Santa Mónica: retrato de una madre*, Ed. Ediciones Escurialenses, San Lorenzo del Escorial /Madrid 2004; ARMINJON, V., *Monique de Thagaste. La grande africaine*, Ed. Imprimerie Arc-Isère, Montmélian 1989; ATKINSON, C. W., *Your servant, my mother: the figure of Saint Monica in the ideology of Christian motherhood: Immaculate and powerful: the female in sacred image and social reality*, Mass Beacon Pr., Boston 1985, pp. 139-172; BERARDINO, A. di, «Mónica», en FITZGERALD, A. (dir.), *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 911 y 912; BOUGAUD, E., *History*

| PALABRAS CLAVE. Agustín, madre, modelo, espiritual, virtud y oración.

*of St. Monica*, Devon 1983; BOUWMAN, K., «Spiritual Motherhood of Monnica: Two Mothers in the Life of Saint Augustine», en *Studies in Spirituality* 29 (2019) 49-69; BROWN, P., *Biografía de Agustín de Hipona*, Acento Editorial, Madrid 2001, pp. 31-32; CACCIAVILLANI, I., *Mamma fino a diventare santa. La vicenda umana di Monica alla ricerca del figlio Agostino*, Libreria Gregoriana Editrice, Padua 1986; CASAMASSA, A., «Ritrovamento di parte dell'elogio di S. Monica», en *Scritti Patristici* 1 (Roma 1955) 215-218; CARINA SEELBACH, L., «Voz "Monnica"», en DODARO, R.; MAYER, C. y MÜLLER, CH. (eds.), *Augustinus-Lexikon*, Schwabe Verlag, Basel 2018, cols. 68-74; CORNELIA W. WOLFSKEEL, «Some remarks on the religious life of Monica, mother of Saint Augustine», en *Studies in Hellenistic religions*, Brill, Leiden 1979, pp. 280-296; DJUTH, M., «Augustine, Monica, and the love of wisdom», *Augustinian Studies* 40/2 (2010) 217-232; ELÍA BALLIRIAIN, J., *Santa Mónica cuenta su vida: sus cartas de madre a las madres y mujeres de hoy*, Ed. Edibesa, Madrid 2005; FALBO, G., *Vita di S. Monica*, Roma 1980; KOTILA, H., «Monica's death in Augustine's Confessions, IX.11-13», en *Studia patristica*, Peeters, Louvain 1993, pp. 337-341; ; GARCÍA, J., *Santa Mónica, madre de San Agustín*, Ed. Revista Agustiniana, Madrid 2000; GARCÍA, J., *Santa Mónica, madre de San Agustín: (vida y reflexión)*, Editorial Agustiniana, Guadarrama/Madrid 2008; GUERRA, J., OAR, «Santa Mónica, madre de San Agustín», en MARTÍNEZ PUCHE, J. A. (dir.), *Nuevo Año Cristiano / 8. Agosto*, Ed. Edibesa, Madrid 2001, pp. 630-639; HASTE, M., «'So many voices': the piety of Monica, mother of Augustine», en *The Journal of Discipleship & Family Ministry* 4/1 (2013) 6-10; JIMÉNEZ DUQUE, B., «Monica», en LEONARDI, C.; RICCARDI, A., y ZARRI, G., *Diccionario de los Santos / Volumen II*, San Pablo, Madrid 2000, pp. 1737-1739; KALPAKIAN, M., «St Monica: mother, wife & homemaker as saint», en *New Oxford Review* 69/2 (2002) 35-39; KEVIN COYLE, J., «In praise of Monica: a note on the Ostia experience of Confessions IX», *Augustinian Studies* 13 (1982) 87-96; LAMIRANDE, E., «Quand Monique, la mère d'Augustin, prend la parole», en ZUMKELLER, A. (ed.), *Signum Pietatis: Festgabe für Cornelius Petrus Mayer OSA*, Wurzburg 1989, pp. 3-19; LANGA AGUILAR, P., *Santa Mónica y su mensaje hoy: San Agustín. 1650 Aniversario de su Nacimiento*, Ed. Centro Teológico San Agustín, Madrid 2004, pp. 51-76; LARRÍNAGA, M., OSA, *Santa Mónica*, PPC [Acanto / Col. Espiritualidad], Madrid 1986; LEPELLEY, C., «Spes Saeculi. Le Milieu social d'Augustin et ses ambitions séculières avant sa conversion», en *Studia Ephemeridis Augustinianum* 24 (1987) 99-117; MARTIN SOSKICE, J., *Monica's tears: Augustine on words and speech*, New Blackfriars 83/980 (2002) 448-458; MORE O'FERRALL, M., «Monica, the mother of Augustine: a reconsideration», en *Recherches augustinianes* 10 (1975) 23-43; ROJO, F. (dir.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana / «Sta. Mónica (331-387)»*, Ed. Pubblicazioni Agostiniane, Roma 2001, pp. 21-27; SAGHY, M., *Monica, the ascetic: Papers presented at the seventeenth International Conference on Patristic Studies held in Oxford 2015*, Peeters 2017, pp. 363-376; SANT'AGOSTINO, *Mia madre*, A cura di A. Trapè, Ed. Áncora, Milano 1975; LANCEL, S., *Saint Augustin*, Fayard, París 1999, esp. c.1: Monique, pp. 24-30; TRAPÈ, A., *Voz «Mónica»: Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana II*, Ed. Sigueme, Salamanca 1998, p. 1469; VIZCAÍNO, P. de L., *Santa Mónica: una madre se convierte*, Ed. Federación Agustiniana Española, Madrid 2003; OLMO VERO, R. del, *Mónica, una madre santa*

## ABSTRACT

In this article we try to delve, in a theological-spiritual key, in some features of the figure of Saint Monica. The structure of the study is simple and has four sections. The first one stops to glean some of the most outstanding biographical data of the holy tagastine. The second focuses its attention on some of the more luminous qualities with which God adorned the mother of the Bishop of Hippo. The third tries to rescue some facets in which the saint in question appears as a special model to be imitated in our days. The fourth and last one presents a prayer that Saint Augustine himself pronounced after the death of his mother, and that he left recorded in conf. 9.36-37. All of the above persuades us that Saint Monica provides valuable and insightful lessons to Christians who live in this hour of history.

KEY WORDS: Augustine, mother, model, spiritual, virtue and prayer.

## 1. TRAZOS BIOGRÁFICOS<sup>3</sup>

Santa Mónica nace en Tagaste el año 331 (ó 332, según André Mandouze). Nace en una familia cristiana –una rama sana de la Iglesia (*conf. 9,8,17; ep. 93,17*)– con varias hijas. Recibe en casa una educación esmerada y severa, valorando la pureza y la templanza, basada menos en una madre que en una vieja criada-sirvienta que ya ha criado a su padre. Esta mujer enseña a Mónica las lecciones de la sobriedad. Sus padres la envían a la bodega a buscar vino; tras catarlo, va bebiendo un poco más cada día. No obstante, ante las palabras de una sirvienta (que la llama borrachina) cambiará radicalmente su comportamiento (cf. *conf. 9,8,18*). Es casada apenas es nubil con Patricio. A éste va a servirlo como a su amo. Patricio, un pagano, es un modesto terrateniente de Tagaste. Es autoritario, de temperamento fuerte y al mismo tiempo generoso. Ambos padres educan a Agustín lo mejor que pueden y saben. Patricio gasta más de lo que puede en la educación de su hijo y Mónica está dedicada a transmitirle la fe cristiana, iniciándole en el catecumenado (mediante la signación de la

*para hoy*, Ed. Federación Agustiniana Española, Madrid 2004; WISCHMEYER, W., «Zum Epitaph der Monica», en *Riimische Quartalschrift* 70 (1975) 32-41.

3 Tomamos los datos biográficos de los estudios de André Mandouze, Angelo di Berardino, Pedro Langa y Ulpiano Álvarez. Las referencias completas las tenemos en las notas a pie n<sup>os</sup> 1 y 2.

cruz y el gustar la sal)<sup>4</sup>. Agustín recordará esta educación cristiana en *Contra Académicos*, cuando mira aquella religión que -siendo niño- le ha sido profundamente impresa en su ánimo, hacia la cual se sentiría arrebatado en su vida adulta, si bien inconscientemente<sup>5</sup>.

Mónica se comporta ante Patricio como una mujer virtuosa, en la que resplandece su amor y su capacidad de reconciliar las partes encontradas. Intenta conquistar a su marido para su fe cristiana. Al mismo tiempo, Mónica ha de curtirse en la paciencia, ya que tiene que aguantar las infidelidades de Patricio<sup>6</sup>. Mónica nunca recibe un mal trato por parte de él; la dulzura de esta mujer, así como su inteligencia, la llevará a hablar con él de temas más serios cuando éste está más sereno. Mónica es hecha por Dios hermosa a los ojos de su marido; es para él una persona amada, respetada y admirada (cf. *conf.* 9,9,19). Mónica, obviamente con la ayuda de Dios, es también la artífice de algún restablecimiento de la paz con su suegra.

Madre –al menos– de tres hijos, da a luz a San Agustín el 13 de noviembre del 354, cuando ella cuenta con 23 años de edad. Agustín –en palabras de Á. di Berardino– es quizás su primer hijo. Mónica da a luz también a Navigio y a otra hija. La hermana de Agustín, cuyo nombre desconocemos, se casa y enviuda. Después llega a ser superiora de un monasterio para mujeres<sup>7</sup> (*ep.* 211,4; Posidio, *Vita Aug.* 26,1). Navigio, el otro hermano de Agustín, se casa y tiene hijos (Posidio, *Vita Aug.* 26,1).

---

4 Cf. BERARDINO, Á. di, «Voz “Mónica”», en FITZGERALD, A. (dir.), *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 911-912.

5 Cf. c.Acad. 2,2,5.

6 Mónica, aunque muestra una sumisión casi excesiva a su esposo, en realidad ella obedece sólo a Dios. Ahora bien, se siente satisfecha de seguir los pasos del Siervo sufriente (ARMINJON, V., *Monique de Thagaste. La grande africaine*, Ed. Imprimerie Arc-Isère, Montmélian 1989, p. 51).

7 En un momento Agustín trata de tranquilizar a estas monjas, pidiendo a Dios que sosiegue sus ánimos, para que no prevalezca en ellas la obra del diablo. Agustín le pide a las monjas del convento de su hermana que se arrepientan con lágrimas, ya que están alborotadas, pidiéndole a él mismo que quite a su hermana de superiora. En realidad –según Agustín– deberían llorar si él tratase de hacerlo (*ep.* 211,4).

Madre amorosa y mujer intensamente piadosa, Mónica no escatima medios para inculcar en Agustín principios cristianos. Pronto le brinda la señal de la cruz, que siempre permanecerá en su corazón. Mónica inicia a su hijo en el catecumenado, aunque no en el bautismo. Agustín retendrá siempre en su memoria las enseñanzas cristianas que ha aprendido de su madre (*conf. 5,14,25; 6,5,8; 6,16,26*). Mónica siempre trata de alejar a su hijo de una vida atada a la carne; quiere, a toda costa, alejar de él la fornicación, así como cualquier romance con alguna mujer casada. Está muy preocupada –junto con Patricio– de que Agustín siga sus estudios; y es que aquí intuye Mónica una vía de acceso a Dios para su hijo querido.

En el año 370, ante los extravíos de Agustín, Mónica interviene y le amonesta. Al año siguiente, ella queda viuda, eso sí, después de haber logrado ganar a Patricio para la fe cristiana. Costea con ayudas concretas –es notable el apoyo de Romaniano– los estudios de Agustín en Cartago; lástima que los devaneos de su hijo con el maniqueísmo la hagan sufrir más de lo deseable. Tanto sufre esta mujer que incluso se ve obligada a echar de casa a Agustín. Luego, tras un sueño revelador, recapacita, lo recibe y vuelve la concordia al hogar, en la que madre e hijo comparten la mesa y viven bajo el mismo techo. Mónica recibe un mensaje de un obispo (¿San Ambrosio –según San Buenaventura– o Antígono de Madaura –según Papini–?) que la persuade de que no es posible que perezca un hijo de tantas lágrimas. Ella interpreta esta consideración como un mensaje venido de lo alto.

En el año 375 Agustín abre una escuela de retórica en Cartago y su madre pronto se va a vivir con él. Mónica está aquí en Cartago cuando, en el 383, Agustín decide embarcarse para ir a Roma a enseñar. Engañada por una mentira de su hijo, pasa la noche rezando y llorando en una capillita dedicada a San Cipriano, mientras Agustín se embarca raudo y silencioso, sin ser notado. Tras acusar a su hijo de esta fechoría (con engaño y crueldad), Mónica reanuda su oración por él. En el año 385 (probablemente en la primavera), después de que Agustín se haya ido a Milán como profesor de retórica, ella se reúne de nuevo con su hijo. Mónica se entera de que Agustín se está alejando del maniqueísmo, lo cual le da confianza de que será católico antes de que ella muera. Ella, además, espera que el matrimonio lleve

a Agustín a recibir el bautismo. Se esfuerza, sin tener en cuenta a la madre de su nieto Adeodato, por encontrar una esposa para Agustín.

Durante su estancia en Milán, Mónica aprende a conocer y a estimar a Ambrosio, a quien venera porque –a través de sus palabras– su hijo se acerca a Dios. Ella, a su vez, es apreciada por Ambrosio, en especial por su piedad y por su vida caritativa (el mismo Agustín nos cuenta estos detalles). Aunque ella conservaba en Italia la costumbre africana de llevar puches, pan y vino a las tumbas de los mártires, renuncia a esta práctica cuando descubre que Ambrosio ha prohibido esto<sup>8</sup>. Aprende a llevar a los sepulcros de los mártires el pecho lleno de santos deseos y a dar lo que puede a los pobres; de este modo celebra la comunión con el cuerpo del Señor junto a los sepulcros de los mártires, inmolados y coronados a imitación de Jesús<sup>9</sup>.

En el año de la conversión de su hijo (el 386) participa del 27 de marzo al 2 de abril en una resistencia antiarriana, liderada por los fieles de Ambrosio contra Justina. Pasa la noche en la iglesia cantando himnos, que quedan grabados en su memoria. En agosto de este año, tras la escena del jardín milanés, Mónica es informada de que su hijo desea vivir en continencia. Ella anteriormente había esperado tener nietos de Agustín; no obstante, se regocija ante esta noticia y da gracias a Dios por semejante regalo celestial. En otoño e invierno de este mismo año 386, Mónica reside en Casiciaco (en la propiedad de Verecundo) junto a Agustín y a un cierto número de discípulos, amigos y miembros de la familia.

En el escenario de los diálogos filosóficos de Casiciaco, podemos ver cómo Mónica participa con soltura y agrado. Lo hace con apariencia de mujer, fe varonil, seguridad de anciana, amor de madre y piedad cristiana. Aquí Mónica aparece como una ama de casa que sabe servir a los suyos en lo concreto de la vida cotidiana. Está atenta para avisar a los contertulios de que es ya la hora de comer, así como para llamar la atención a alguno de que es impropio cantar un salmo en la letrina. En *De beata vita*, Mónica aparece especialmente sonriente y activa, con habilidades magistrales para calmar los ánimos, para

8 Cf. conf. 6,2,2.

9 Cf. conf. 6,2,2.

definir a los Académicos y para esgrimir razones de un sabroso sentido común popular. Da muestras sobradas de estar bien capacitada –“aunque es mujer”– para participar en reuniones filosóficas. Combina el entusiasmo con el rigor racional.

Mónica no separa la desgracia de la indigencia. Advierte de la gravedad de la falta de Sabiduría. Indica su opinión personal sobre la alimentación del alma. Ofrece también sus planteamientos personales acerca de la ciencia, la justicia de Dios, el orden, el mal, las condiciones requeridas para que una persona sea feliz... Habla de la búsqueda de Dios, de la posesión del mismo, del tenerle propicio en la vida... En definitiva, estamos ante una mujer inteligente, con el perfil propio de la madre de un gigante de la Historia de la Humanidad. A pesar de carecer de tecnicismos en sus explicaciones, sabe situarse inmediatamente en las cimas de la Sabiduría, que queda definida –ante todo y sobre todo– por ser impulso para buscar la Verdad y por llevar al progreso espiritual desde el cultivo sano de la vida de piedad. Todo esto la hace capaz de suscitar la admiración de su hijo Agustín y de los otros “debatientes” en Casiciaco<sup>10</sup>.

En el año 387, que es el año en que Agustín, Adeodato y Alipio son bautizados (noche del 24 al 25 de abril), Mónica muestra a todos los que la rodean consideración y preocupación. Luego los acompaña a Ostia desde donde –en principio– deberían haberse embarcado hacia África. Es aquí en Ostia donde acontece la experiencia cumbre y sublime en la que el hijo y la madre vuelan muy alto, a través de una vivencia extática y compartida por los dos. Ella descansa de la fatiga del viaje de Milán a Ostia. Junto a su hijo Agustín se ve inmersa de lleno en una conversación sobre la vida eterna de los santos. Dios les regala a la madre y al hijo la participación en el conocido “éxtasis de Ostia”, algo tan perfecto, sublime e inefable que los deja a los dos tocando el mismísimo cielo.

Mónica le asegura a Agustín que ya no desea nada en esta vida, pues lo único que anhelaba era verle a él cristiano y Dios ha respon-

---

10 Algunos contertulios en Casiciaco son, junto a Mónica y a Agustín, Navigio (hermano del santo), Trigocio y Licencio (conciudadanos y discípulos suyos), sus primos hermanos Lastidiano y Rústico, su hijo Adeodato... (cf. b.vit. 1,6).

dido generosa y abundantemente a su petición. Ella, en esta última etapa de su vida, da signos de un magnífico desprendimiento; afirma su indiferencia por el lugar de su entierro (aunque en África la espera un sitio, preparado junto a su marido, en Tagaste). No obstante, Navigio, su otro hijo, quiere traer el cuerpo de Mónica de regreso a África. Mónica está más centrada en los asuntos espirituales, y por eso les dice que no se preocupen del lugar físico en el que han de depositar el cuerpo de su madre. Lo que sí les ruega es que la recuerden ante el altar del Señor.

Unos días después del éxtasis de Ostia, la buena madre tiene fiebre y muere al noveno día de su enfermedad. Están con ella sus dos hijos y también su nieto Adeodato. Mónica muere con 56 años en Ostia Tiberina (*conf. 9,8,17*) en el año 387. Agustín –que cuenta con 33 años– cierra sus ojos. Su cuerpo, acompañado de oraciones, es enterrado en Italia, también en Ostia. Su epitafio, grabado en la primera mitad del siglo V, contiene un texto que se encuentra parcialmente en el año 1945. Es Anicio Auquenio Baso, cónsul en el año 408, el que hace que se coloque en su tumba una inscripción; parte de la misma es hallada –acabamos de decirlo– en 1945, cerca de la iglesia de Santa Áurea, en Ostia Antica.

Mónica ni ha muerto miserablemente ni ha muerto del todo. Agustín y los que lo acompañan en el momento de la despedida lo saben bien y están seguros por el testimonio de sus costumbres y por su fe no fingida, que son argumentos de autoridad. Agustín sufre mucho al romperse repentinamente aquella costumbre dulcísima y carísima de vivir juntos. Mónica termina la última etapa de su vida como acariciando a Agustín por sus atenciones con ella. Lo llama piadoso y recuerda con gran afecto de cariño no haber oído jamás de boca de su hijo la menor palabra dura o contumeliosa contra ella. Agustín siente el alma herida y su vida despedazada; una vida que había llegado a formar una sola con la de su madre<sup>11</sup>. Siente un gran dolor, que no logra atenuar con el baño, aunque sí con el dormir un poco<sup>12</sup>. Y después da rienda suelta a las lágrimas, que tenía contenidas, para

---

11 Cf. *conf. 9,12,29-30*.

12 Cf. *conf. 9,12,32*.

que corriesen cuanto quisieran, por aquella que lo había llorado a él durante tantos años<sup>13</sup>. Agustín da gozosamente gracias a Dios por las buenas acciones de Mónica, al tiempo que le pide perdón humildemente por sus pecados<sup>14</sup>. Termina pidiendo a sus lectores que oren tanto por Mónica como por Patricio, que han sido –al mismo tiempo– padres, hermanos y conciudadanos suyos<sup>15</sup>.

Mónica abandona este mundo, y la comunicación que ha existido con su hijo Agustín aquí en la tierra da paso al recuerdo agradecido. Los espíritus de los difuntos están allí donde no ven lo que se trajina y sucede a los hombres en la vida presente. La comunicación con Mónica ya nunca volverá a ser la misma, y por esto colige el hiponense: “*Si las almas de los difuntos se interesasen por los asuntos de los vivos, y ellas nos hablasen en sueños, cuando las vemos, mi piadosa madre, por no hablar de los demás, no me abandonaría ni una sola noche, ella que me siguió por tierra y por mar para vivir conmigo. ¡Lejos de mí pensar, en efecto, que la vida más dichosa la haya vuelto cruel hasta tal punto que, cuando algo angustia mi corazón, no quiera consolar al hijo triste, a quien ella amó únicamente, y a quien jamás quiso ver afligido!*”<sup>16</sup>.

La suerte de Agustín –como la de otros Santos Padres de la Iglesia (véase los casos de Basilio Magno, Ambrosio, Gregorio de Nacianzo o Juan Crisóstomo)– es la de haber tenido una madre cristiana que le ha transmitido la fe. Sólo en una ocasión (*conf. 9,13,37*) Agustín nos dice que su madre se llama Mónica; en el resto de momentos la denomina *mater mea* o *mater nostra*. Es evidente que la práctica de la virtud hace que la mujer iguale e incluso supere al hombre en cuanto a repercusión social en los primeros siglos del cristianismo; en el caso de Mónica, esto es indudable. Aparece reflejada permanentemente en las *Confesiones* como buena madre y como mujer que transmite la fe. Ella engendra e impulsa a la fe eclesial, a través de la escucha del Maestro interior (M. Mazzarini, 2019). Su doble maternidad referida

13 Cf. *conf. 9,12,33*.

14 Cf. *conf. 9,13,34*.

15 Cf. *conf. 9,13,37*.

16 *Cura mor. 13,16*.

a Agustín (carnal y espiritual) la convierten en la pieza fundamental para comprender el alma y la grandeza del Águila de Hipona.

## 2. SANTA MÓNICA Y LOS DONES DE DIOS EN ELLA<sup>17</sup>

### 2.1. *Oración*

A Mónica la llama Agustín “*mi madre, a cuyos méritos debo lo que soy*”<sup>18</sup>. Agustín habla de las virtudes de la sierva de Dios, que lo parió en la carne para que naciera a la luz temporal y en el corazón para que naciera a la vida eterna. Agustín reconoce no los méritos de Mónica, sino los dones de Dios en ella<sup>19</sup>. Teniendo esto en cuenta, veamos los mejores regalos con que Dios adornó a la tagastina. Y, primeramente, hablemos de oración. Santa Mónica es una mujer de continua y ferviente oración.

En medio de la oración, Mónica es destinataria de algún sueño o visión venido de Dios: “*Soñó, en efecto, estar de pie sobre una regla de madera y a un joven resplandeciente, alegre y risueño que venía hacia ella, toda triste y afligida. Al preguntarle este joven por la causa de su tristeza y de sus lágrimas diarias, no por ánimo de enterarse como ocurre ordinariamente, sino para aconsejarla, y ella a su vez le respondiese que lloraba mi perdición, le mandó que se tranquilizase y que observara cómo donde ella estaba allí estaba yo también. Y cuando ella fijó su vista, me vio junto a ella de pie sobre la misma regla*”<sup>20</sup> ¿Qué explicación darle a este hecho sino que tú tenías tus oídos aplicados a su corazón, oh tú, omnípotente y bueno, que así cuidas de cada uno de nosotros, como si no tuvieras más que cuidar, y así de todos como de cada uno? ¿Y de dónde también le vino que, contándome mi madre esta visión y queriéndola yo persuadir de que significaba lo contrario y que no debía desesperar de que algún día sería ella también lo que yo era al presente, al punto,

17 También ahora recopilamos algunos datos biográficos de los estudios de André Mandouze, Angelo di Berardino, Pedro Langa y Ulpiano Álvarez. Las referencias completas están en las notas a pie núms. 1 y 2.

18 Cf. b.vit. 1,6.

19 Cf. conf. 9,8,17.

*sin vacilación alguna, me respondió: «No me dijo: donde él está, allí estás tú, sino donde tú estás, allí está él»*<sup>20</sup>.

Agustín advierte que Dios tiene sus oídos aplicados al corazón de Mónica; al mismo tiempo reconoce que Mónica, “avispada madre” (como él la llama), no vacila en la interpretación de lo que Dios le ha comunicado sobre su propio retorno a Dios. En este sueño Dios ha anunciado a esta “piadosa mujer” (también palabras de su hijo), con mucho tiempo de antelación, al fin de consolarla de su inquietud presente, un gozo que llegará mucho tiempo después<sup>21</sup>.

Mónica sabe que Dios no va a engañarla en las visiones y en las respuestas que recibe. Todo aquello viene de Dios. Ella conserva todos estos mensajes divinos en su pecho. Le recuerda a Dios en su oración estos signos, interpretándolos como firmas de la mano divina, sabiendo que Dios tiene a bien hacerse deudor con promesas<sup>22</sup>.

Mónica vive su dimensión orante en el marco de la sana piedad. Es la piedad cristiana y verdadera de una mujer, que rechaza los planteamientos de los matemáticos consultados una y otra vez por Agustín, habituados a insólitas adivinaciones. Lejos está esta piedad de la madre de sacrificios de vidas y de conjuros a espíritus<sup>23</sup>. Agustín, con el paso de los años, aprende a valorar la doctrina de la piedad, en la que en algún tiempo erraba monstruosamente y con sacrílega torpeza. No le aprovechaba el ingenio fácil para entender doctrinas y libros enredados sin que nadie se los hubiera explicado. Inteligente, pues, sí, más desdichado por su déficit de auténtica piedad y por vivir lejos de Dios, sin la seguridad del nido de la Iglesia, carente de las alas de la caridad y del sano alimento de la fe<sup>24</sup>.

Mónica ora siempre, incansablemente, por su hijo Agustín. Incluso aunque no siempre está físicamente cerca de él, y aunque desconoce las penalidades concretas que éste está atravesando, ora insistente-

20 Conf. 3,11,20.

21 Cf. conf. 3,11,20.

22 Cf. conf. 5,9,17.

23 Cf. conf. 4,3,4.

24 Cf. conf. 4,16,31.

mente. Un ejemplo lo vemos en un texto quinto de las *Confesiones*, en el que Agustín muestra haber pasado por el agravamiento de unas fiebres, que casi acaban con él: “*No sabía esto mi madre, pero oraba por mí ausente, escuchándola tú, presente en todas partes allí donde ella estaba, y ejerciendo tu misericordia conmigo donde yo estaba, a fin de que recuperara la salud del cuerpo, todavía enfermo y con un corazón sacrilego. Porque estando en tan gran peligro no deseaba bautismo, siendo mejor de niño, cuando se lo pedí a mi piadosa madre, como ya tengo recordado y confesado. (...) Con todo, no permitiste que en tal estado muriese yo doblemente, y con cuya herida, de haber sido traspasado el corazón de mi madre, nunca hubiera sanado. Porque no puedo decir bastante el gran amor que me tenía y con cuánto mayor cuidado me paría en el espíritu que me había parido en la carne*”<sup>25</sup>. Agustín es consciente –aunque es tarde en el tiempo cuando lo advierte– del gran amor que ella le tiene. Mónica habría sufrido lo indecible si Agustín hubiera muerto en un estado interior pecaminoso y calamitoso.

Ella sabe, por la fe, que Cristo le va a regalar el poder ver a Agustín convertido en un católico fiel, antes de que ella abandone esta vida. Mónica presenta continuamente a Dios a Agustín, para que Cristo lo levante de su postración. Aprende que el camino de Agustín –como el de casi todos los mortales– es progresivo. Cuando Agustín abandona el maniqueísmo, Mónica acepta esperar pacientemente; aunque el tagastino aún no posee la verdad, ya está alejándose de la falsedad. Mónica está cierta de que Dios ha de darle lo que resta, pues le ha prometido concedérselo todo. El corazón de Mónica está lleno de confianza, y por eso redobla oraciones y lágrimas, con el deseo de que Dios acelere el auxilio para su hijo. Agustín reconocería claramente después que lo que evitó su perdición fueron las ardientes súplicas y las fieles y cotidianas lágrimas de su buena madre<sup>26</sup>.

Esta mujer orante va con gran solicitud a la iglesia a escuchar a Ambrosio, varón al que Mónica ama como a un ángel-enviado de Dios<sup>27</sup>. Él también la admira a ella por la religiosidad y el fervor con

25 Conf. 5,9,16.

26 Cf. persev. 20,53.

27 Cf. conf. 6,1,1.

que frecuenta la iglesia con toda clase de obras buenas. Ambrosio felicita a Agustín por la madre que tiene, prorrumpiendo en alabanzas; Agustín advierte que lo que Ambrosio no conoce bien es el hijo que Mónica tiene en él<sup>28</sup>.

Nuestra protagonista es muy consciente de la importancia de las mediaciones en el camino del crecimiento humano y religioso. Ella misma había sido destinataria de una buena mediación puntual, tal y como interpreta San Agustín en la escena del vino. Él advierte que Dios la cura y la sana de aquella mala costumbre –según las secretas providencias divinas– por medio de un duro y punzante insulto de otra alma, que actúa como un hierro medicinal, con el que de un solo golpe se sana aquella postema<sup>29</sup>.

Es preciso buscar incansablemente a Dios en la oración: “*Nadie puede llegar a Dios sin buscarlo*”, afirmará la madre. “*A mí me parece –continúa– que a Dios nadie lo posee, sino que, cuando se vive bien, Él es propicio; cuando mal, es adverso*”<sup>30</sup>. Indica Mónica que “*una cosa es tener a Dios y otra estar sin Dios (...) El que vive bien, a Dios tiene propicio; el que vive mal, tiene a Dios enemistado. Y el que busca todavía y no le ha hallado, no le tiene ni propicio ni adverso, pero no está sin Dios*”<sup>31</sup>. Y en los intentos por buscar y llegar hasta Dios, hay que recordar la famosa y lúcida frase de Adeodato, nieto de Mónica e hijo de Agustín; convencido asegura: “*A Dios posee el que tiene el alma limpia del espíritu impuro*”<sup>32</sup>. Su abuela Mónica lo aplaude.

## 2.2. *Perseverancia*

La perseverancia de Mónica se vislumbra en muchas facetas de su vida. Un aspecto particular es el que vimos anteriormente: la oración. Agustín nos cuenta que su madre es una orante perseverante. Mónica no cesa de llorar en presencia de Dios en sus horas dedicadas a la

28 Cf. conf. 6,2,2.

29 Cf. conf. 9,8,18.

30 B.vit. 3,19.

31 B.vit. 3,21.

32 B.vit. 2,12.

plegaría: “*entretanto, aquella piadosa viuda, casta y sobria como las que tú amas, ya un poco más alegre con la esperanza que tenía, pero no menos solícita en sus lágrimas y gemidos, no cesaba de llorar por mí en tu presencia en todas las horas de sus oraciones, las cuales no obstante ser aceptadas por ti, me dejabas, sin embargo, que me revolcara y fuera envuelto por aquella oscuridad*”<sup>33</sup>. Mónica no deja de perseverar en la oración, e insiste permanentemente, en la misma línea de aquellos que piden incansablemente la ayuda a Jesús en los Evangelios.

La santa mujer persevera incesantemente cuando pide ayuda para su hijo Agustín. Persevera con Dios y persevera ante las personas que cree capaces de ejercer un influjo salvífico en su hijo. Así ocurre en el famoso episodio en el que Dios da una respuesta a Mónica por medio de un sacerdote de Dios, cierto obispo. Ella le ruega que se digne hablar con Agustín, refutar sus errores, desengañarle de sus malas doctrinas y enseñarle las buenas... Esta conversación de intercesión Mónica la establece “con cuantos halla idóneos”. El obispo se niega con prudencia; hay incapacitación para recibir alguna enseñanza por parte del destinatario, por estar muy fiero con la novedad de la herejía maniquea. El consejo que le da a Mónica es que deje estar a su hijo, que ruegue por él al Señor, porque él mismo, leyendo los libros de los maniqueos, descubrirá el error y reconocerá su gran impiedad. El mismo obispo, siendo previamente entregado por su seducida madre a los maniqueos, llegó a autoconvencerse de lo digna de desprecio que era aquella secta. Lógicamente, él creía que su misma experiencia sería reproducida por Agustín. Mónica, ante esta posible respuesta de cortesía para calmar su alma, persevera e insiste en su intento; ella no se aquiega, insta con mayores ruegos y más abundantes lágrimas para que se entreviste con Agustín y dispute con él sobre dicho asunto. El obispo se cansa de su importunidad y acaba con la frase de oro que ha resonado solemnemente a lo largo de los siglos: “*vete en paz, mujer ¡así Dios te dé vida! que no es posible que perezca el hijo de tantas lágrimas*”. Mónica recibe esta respuesta (luego se lo dirá a Agustín) interpretándola como venida del cielo<sup>34</sup>.

33 Conf. 3,11,20.

34 Cf. conf. 3,12,21.

Nuestra valiente mujer es perseverante, día y noche. Agustín lo descubre y cuando reza a Dios le dice con el corazón en la mano: “*Y es que tus manos, Dios mío, no abandonaban mi alma en el secreto de tu providencia, y que mi madre no cesaba día y noche de ofrecerte en sacrificio por mí la sangre de su corazón que corría por sus lágrimas*”<sup>35</sup>. Una vez más, aparece inquebrantable la diamantina perseverancia de Mónica, caracterizada en este caso por una ofrenda sacrificial buscando el beneficio del hijo desviado.

Mónica persevera con muchas y continuas oraciones, y Dios tiene en cuenta las plegarias de la madre por el hijo. Agustín reconoce que Dios no desprecia el corazón contrito y humillado. Dios actúa, sí, aunque siempre de la manera providencialmente dispuesta: “*¿Y qué hubiese sido de tantas y tan continuas oraciones como por mí te hacía sin cesar? ¿Acaso tú, Dios de las misericordias, despreciarías el corazón contrito y humillado de aquella viuda casta y sobria, que hacía frecuentes limosnas y servía obsequios a tus santos? ¿Que ningún día dejaba de llevar su oblación al altar? ¿Que iba dos veces al día –mañana y tarde– a tu iglesia, sin faltar jamás, y esto no para entretenerte en vanas conversaciones y chismorreos de viejas, sino para oírte a ti en los sermones y que tú la oyeseas a ella en sus oraciones? ¿Habías tú de despreciar las lágrimas con que ella te pedía no oro, ni plata, ni bien alguno frágil y mudable, sino la salud de su hijo? ¿Habrías tú, digo, por cuyo favor era ella tal, de despreciarla y negarle tu auxilio? De ningún modo, Señor; antes estabas presente a ella, y la escuchabas, y hacías lo que te pedía, mas por el modo señalado por tu providencia*”<sup>36</sup>.

### 2.3. Desprendimiento

Desprendimiento de todo, para hallar en Dios la verdadera riqueza, la solidez, la roca que es la firmeza inquebrantable. Y es que nuestra firmeza, cuando es Dios, entonces es firmeza, más cuando es nuestra, entonces es debilidad<sup>37</sup>.

35 Conf. 5,7,13.

36 Conf. 5,9,17.

37 Cf. conf. 4,16,31.

Mónica se desprende incluso de sus prácticas religiosas habituales, si es que así se lo pide la obediencia en situaciones particulares. Es muy ilustrativo, a este respecto, el asunto del ayuno. ¿Hay que ayunar en sábado o no hay que ayunar? Agustín conoce la zozobra de Mónica en relación a este asunto, y decide consultar a Ambrosio, en orden a que éste arroje luz sobre la situación. Ambrosio da su opinión, y Mónica obedece sin vacilación. Agustín nos lo cuenta: *“Voy a indicarte lo que me contestó a mí, cuando yo le consulté sobre este punto, el venerable Ambrosio, obispo de Milán, que fue quien me bautizó. Mi madre estaba conmigo en la ciudad; nosotros, como catecúmenos, no nos cuidábamos de esto, pero ella se preguntaba con ansiedad si debía ayunar el sábado, según la costumbre de nuestra ciudad, o si había de comer según la costumbre de los milaneses. Para sacarla de dudas, pregunté yo a Ambrosio, y él me dijo: «No puedo enseñar sobre ese punto más de lo que yo practico». De ahí conjeturé que mandaba comer en sábado, pues sabía que tal era su práctica; pero él añadió: «Cuando estoy aquí, no ayuno el sábado; cuando voy a Roma, ayuno; a cualquier iglesia que vayáis, ateneos a sus costumbres, si no queréis causar ni padecer escándalo». Llevé la respuesta a mi madre; le bastó y no vaciló en obedecer”*<sup>38</sup>.

El desprendimiento está directamente conectado con el poseer o no riquezas. Ante los bienes de fortuna, Mónica indica que, aun teniendo seguridad de no perder aquellos bienes, con todo uno no puede saciarse con ellos; por eso, es tanto más infeliz cuanto es más indigente en todo tiempo. Uno no es feliz si abunda y nada en bienes de fortuna, sino por la moderación con que disfruta de los mismos. El verdaderamente feliz –aprende Agustín al hilo de estos pensamientos– es el que posee a Dios, y el que desea ser feliz debe procurarse bienes permanentes, que no le puedan ser arrebatados por ningún revés de la fortuna<sup>39</sup>.

Mónica muestra también un especial desprendimiento justo en la etapa final de su vida. Tiene conciencia de que lo que la hace detenerse en esta vida ya le ha sido concedido. Mónica no tiene otras pretensiones. Tampoco se aferra, para nada, a la idea de ser enterrada junto a Patricio en África; su cuerpo puede ser enterrado en cualquier

---

38 Ep. 26,32.

39 Cf. b.vit. 2,11.

parte. Lo que sí pide esta mujer de oración continua, es que sus hijos la recuerden ante el altar del Señor, donde quiera que éstos se encuentren. Así suena la narración que nos comparte Agustín: *“Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé ya qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida, y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto que, despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?”*<sup>40</sup>. Y Agustín comenta: *“No recuerdo yo bien qué respondí a esto; pero sí que apenas pasados cinco días, o no muchos más, cayó en cama con fiebres. Y estando enferma tuvo un día un desmayo, quedando por un poco privada de los sentidos. Acudimos corriendo, mas pronto volvió en sí, y viéndonos presentes a mí y a mi hermano, nos dijo, como quien pregunta algo: «¿Dónde estaba?». Después, viéndonos atónitos de tristeza, nos dijo: «Enterráis aquí a vuestra madre». Yo callaba y frenaba el llanto, pero mi hermano dijo no sé qué palabras, con las que parecía desearte como cosa más feliz morir en la patria y no en tierras tan lejanas. Al oírlo ella, le reprendió con la mirada, con rostro afligido por pensar tales cosas; y mirándome después a mí, dijo: «Enterrad este cuerpo en cualquier parte, ni os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que os acordéis de mí ante el altar del Señor doquiera que os hallareis”*<sup>41</sup>. En efecto, a Mónica, desprendida de todo deseo mundano, no le preocupa el lugar en el cual ha de ser enterrada.

Ella –por supuesto– no pensó en enterrar su cuerpo con gran pompa, ni que fuera embalsamado con preciosas esencias, ni deseó tampoco un monumento escogido<sup>42</sup>.

#### 2.4. Servicio

Mónica aparece sirviendo a su hijo Agustín desde los primeros momentos de su vida. Tanto ella como Patricio son medios que Dios

40 Conf. 9,10,26.

41 Conf. 9,11,27. Y esto lo dice a pesar de que ella había tenido siempre gran cuidado de su sepulcro, adquirido y preparado junto al cuerpo de su marido. Como había vivido en gran concordia con él, deseaba que una misma tierra cubriese el polvo conjunto de ambos cónyuges (cf. conf. 9,11,28).

42 Cf. conf. 9,13,36.

utiliza para traer a la vida a Agustín. También las nodrizas sirven como medio instrumental para alimentar al santo: “*me recibieron los consuelos de tus misericordias, según tengo oído a mis padres carnales, del cual y en la cual me formaste en el tiempo, pues yo de mí nada recuerdo. Me recibieron, digo, los consuelos de la leche humana, de la que ni mi madre ni mis nodrizas se llenaban los pechos, sino que eras tú quien, por medio de ellas, me dabas el alimento aquél de la infancia, según tu ordenación y los tesoros dispuestos por ti hasta en el fondo mismo de las cosas*”<sup>43</sup>. Ahí están la presencia y el obrar cristiano de Mónica, también en la signación de la cruz y en la oferta de la sal. Agustín, es evidente, es alcanzado por el influjo cristiano desde el mismo vientre de su madre <sup>44</sup>.

Mónica aparece sirviendo primorosamente a Agustín en el campo de la fe; ésta es la razón por la cual, en el contexto en el que Agustín siendo niño es presa repentinamente de un dolor de estómago que lo abrasa y lo pone en trance de muerte, ella se turba. Lopare con más amor en su casto corazón en la fe cristiana para la vida eterna. Ella misma ya ha cuidado, presurosa, de que Agustín sea iniciado y purificado con los sacramentos de la salud, confesando al Señor Jesús en remisión de los pecados del hijo. Finalmente se difiere su purificación, juzgando que será imposible que si vive no se vuelva a manchar. Esto lo cuenta Agustín hablando de un tiempo en el que en su casa creían todos, a excepción de Patricio. Aparece la fe de Mónica como triunfante en Agustín, en medio de la situación familiar: “*por este tiempo creía yo, creía ella y creía toda la casa, excepto sólo mi padre, quien, sin embargo, no pudo vencer en mí el ascendiente de la piedad materna para que dejara de creer en Cristo, como él no creía. Porque cuidaba solícita mi madre de que tú, Dios mío, fueses para mí padre, más bien que aquél, en lo cual tú la ayudabas a triunfar de él, a quien, no obstante ser ella mejor, servía, porque en ello te servía a ti, que lo tienes así mandado*”<sup>45</sup>. Como se ve, Mónica aparece aquí también sirviendo al marido.

En este sentido, conviene apuntar que Mónica sigue sirviendo a su familia, aún a pesar de las dificultades. Ahí está la ausencia de pie-

43 Conf. 1,6,7.

44 Cf. conf. 1,11,17.

45 Conf. 1,11,17.

dad de Patricio, y ahí está también el gran distanciamiento que Agustín tiene de las delicias de la casa de Dios. Como botón de muestra de esto último aparece su año decimosexto: “*Pero ¿dónde estaba yo? ¡Oh, y qué lejos, desterrado de las delicias de tu casa en aquel año decimosexto de mi edad carnal, cuando empuñó su cetro sobre mí, y yo me rendí totalmente a ella, la furia de la libidíne, permitida por la desvergüenza humana, pero ilícita según tus leyes!*”<sup>46</sup>.

Agustín admite que los suyos (sus padres, entendemos) cuidaron de que aprendiera a componer discursos magníficos y a persuadir con la palabra; echa en falta, eso sí, mayor preocupación para recogerlo oportunamente en el matrimonio, ante la furia de la libidíne<sup>47</sup>. No obstante, aquí aparece claramente la diferente reacción de los padres de Agustín, cuando el hijo cuenta con 16 años (año en que vive con sus padres, libre de la escuela, por un descanso obligatorio causado por la falta de recursos familiares). Patricio, cuando ve a Agustín púbescente en el baño y “revestido de inquieta adolescencia” parece que se goza pensando ya en los nietos. Cuando Patricio se lo cuenta con alegría a Mónica, la reacción de ésta es un sobresalto con un santo temor y temblor. Agustín no es todavía cristiano, pero Mónica teme ya que siga las torcidas sendas por donde andan los que le vuelven a Dios la espalda y no el rostro<sup>48</sup>.

Esta santa mujer sirve siendo una buena educadora, como transmisora de la buena educación que ella misma había recibido. No ensalza Mónica tanto la diligencia de su madre en educarla, cuanto la de una decrepita sirvienta que había llevado a su padre siendo niño a la espalda, al modo como solían llevarlos las muchachas ya mayores a la espalda. Por esta razón, por su ancianidad y por sus óptimas costumbres, era muy honrada por los señores en aquella casa cristiana de Mónica. Sabía reprimir vehementemente –cuando era menester– con santa severidad. Era muy prudente al enseñar<sup>49</sup>. Esto parece que caló hondo en Mónica también, inspirando líneas de actuación en su pe-

46 Conf. 2,2,4.

47 Cf. conf. 2,2,4.

48 Cf. conf. 2,2,4.

49 Cf. conf. 9,8,17.

dagogía maternal. Agustín recuerda que fue educada púdica y sobriamente, y sujeta más por Dios a sus padres que por sus padres a Dios. Aparece como hermosa, amable y admirable a los ojos de Patricio. Mónica, siempre creyente, espera que la misericordia divina venga sobre Patricio, para que sea casto y abandone las afrentas conyugales. Mónica aparece como prudente ante él (que integra en sí el ser cariñoso y colérico). No se opone a su marido enfadado, ni con hechos ni con palabras; sólo cuando le ve tranquilo y sosegado, cuando ella lo juzga oportuno, habla con él del asunto concreto. Ella misma a muchas matronas les recuerda que –a través de las capitulaciones matrimoniales– son siervas de sus maridos y que no deben ensoberbecerse frente a ellos. Mónica es buena consejera para estas matronas, las cuales cuando la imitan ven los efectos positivos de su *modus operandi*<sup>50</sup>. Esta forma de actuar consigue ganar para Dios a Patricio al final de su vida temporal, no teniendo que tolerar en él, ya bautizado, las ofensas que había soportado antes del bautismo<sup>51</sup>.

Mónica sirve y ejerce de madre, preocupándose –ante todo– de la salud espiritual de su hijo. Sirve de instrumento para que los consejos de Dios lleguen a Agustín. Es verdad que al hijo Dios no deja de hablarle a través de su madre, aunque Agustín no es consciente de esto y por eso desprecia a Dios en su madre: “*Quería ella –y recuerdo que me lo amonestó en secreto con grandísima solicitud– que no fornicase y, sobre todo, que no adulterase con la mujer de nadie. Mas estas reconvenciones me parecían mujeriles, a las que me hubiera avergonzado obedecer. Pero, en realidad, tuyas eran, aunque yo no lo sabía, y por eso creía que tú callabas y que era ella la que me hablaba, siendo tú despreciado por mí en ella, por mí, su hijo, hijo de tu sierva y siervo tuyo, que no cesabas de hablarme por su medio*”<sup>52</sup>.

Aunque Agustín es fácil de seducir, recorre con sus compañeros las plazas pecaminosas de Babilonia y se revuelca en su cieno<sup>53</sup>, Mónica no cuida de contener con los lazos del matrimonio la vida de

50 Cf. conf. 9,9,19.

51 Cf. conf. 9,9,22.

52 Conf. 2,3,7.

53 Estos revolcones en el abismo de cieno duraron casi nueve años. Ahí estaban las tinieblas del error. Agustín se hunde tanto más cuantos más conatos hace para salir de la situación (cf. conf. 3,11,20).

Agustín. Es verdad que ya le había aconsejado la pureza; también es cierto que ella tenía miedo de que –con el vínculo matrimonial– se frustrase la esperanza que tenía sobre él. No se trata, en este caso, de la esperanza de la vida futura (que Mónica tenía puesta en Dios), sino más bien de la esperanza de las letras, que tanto ella como Patricio deseaban ardientemente para su hijo. Al interpretar el deseo de sus padres, Agustín reconoce que el móvil de Patricio es la sola vanidad; por otro lado, Mónica cree que aquellos estudios no sólo no le serán estorbo, sino que le servirán de no poca ayuda para que el hijo de sus entrañas alcance a Dios<sup>54</sup>.

Mónica aparece como fiel sierva de Dios. Agustín tiene su alma atrapada en un abismo de tinieblas, mientras que la madre llora en la presencia de Dios. Lo hace de un modo intenso, según nos narra el propio Agustín<sup>55</sup>. Mónica llora en presencia de Dios mucho más que las demás madres suelen llorar la muerte corporal de sus hijos. Ve “la muerte” de Agustín con la fe y el espíritu que ha recibido de Dios. Sufre amargamente por la situación espiritual de su hijo del alma. ¡Y cuántas, como Mónica, han vivido y viven esta misma experiencia maternal...! Mónica llora y Dios no es indiferente a sus súplicas lacrimosas: “*Y tú la escuchaste, Señor; tú la escuchaste y no despreciaste sus lágrimas, que, corriendo abundantes, regaban el suelo allí donde hacía oración; sí, tú la escuchaste, Señor. Porque ¿de dónde sino aquel sueño con que la consolaste, viniendo por ello a readmitirme en su compañía y mesa, ella que había comenzado a negarme ante la aversión y detestación provocadas por las blasfemias de mi error?*”<sup>56</sup>.

Mónica sirve a Agustín instándole a que tome esposa, esperando que una vez casado, sea regenerado por las aguas saludables del bautismo. Se alegra con el paso del tiempo, pues ve a su hijo cada vez más apto para éste. Se cumplen con la fe de Agustín los votos de Mónica y las promesas de Dios. Parece –según nos dice el hiponense– que

54 Cf. conf. 2,3,8. Esto ocurre en una etapa de la vida de Agustín en la que el santo echa de menos una moderada severidad. Es consciente de estar en un período en el que se deja llevar tras la disolución de sus varios afectos, sumido en una atmósfera de obscuridad.

55 Cf. conf. 3,11,19 y 20.

56 Conf. 3,11,19.

Mónica ruega al Señor todos los días por alguna visión sobre su futuro matrimonio. Dios nunca se la concede. Según la propia madre narra al hijo, aprende aquí a discernir la diferencia que existe entre una revelación divina y un ensueño de su corazón maternal<sup>57</sup>.

Mónica –finalmente– es sierva de los siervos de Dios<sup>58</sup>; cualquiera que la conoce alaba a Dios en ella, al percibir la presencia divina en esta santa mujer, por los frutos de su santa conversación. Mujer de un solo marido, ha cumplido con sus padres, ha gobernado su casa piadosamente, tiene el testimonio de las buenas obras, ha nutrido a sus hijos, pariéndoles tantas veces cuantas les ve apartarse de Dios... Cuida de Agustín y de los que viven con él en Casiciaco, como si fuera la madre de todos. Los sirve como si fuera la hija de cada uno de ellos<sup>59</sup>. Estamos ante una santa de arriba abajo, mujer de una sola pieza. Se ve que está atenta a las cosas del hogar como, por ejemplo, cuando Alipio, Licencio y Agustín están metidos de lleno en el embrollo de una densa conversación sobre la antigua y la nueva Academia. Entonces aparece ella –“nuestra madre”, dice Agustín–. Los lleva a la mesa con tal apremio que no da lugar a más discursos<sup>60</sup>.

## 2.5. *Diálogo*

Mónica es la mujer del diálogo<sup>61</sup>. Diálogo frecuente con Dios. Diálogo con su hijo Agustín. Diálogo también con otros contertulios en Casiciaco. En relación al primer tipo dialógico, ahí tenemos todo lo indicado en el apartado de la oración, que es encuentro íntimo y diálogo personal con Dios. En relación al diálogo con su hijo, hay muchos textos en las *Confesiones* que así lo evidencian. Vamos a recordar

57 Cf. conf. 6,13,23.

58 Es sierva de los siervos de Dios, mujer fuerte. Esto lo testifican los frutos de su vida santa. Sus buenas obras han evidenciado su valía. Sirvió a los amigos de Agustín como si hubiera sido su hija (cf. ARMINJON, V., *Monique de Thagaste. La grande africaine*, Ed. Imprimerie Arc-Isère, Montmélian 1989, p. 53).

59 Cf. conf. 9,9,22.

60 Cf. c.Acad. 2,6,13.

61 De ello toma buena nota LANGA AGUILAR, P., *Santa Mónica y su mensaje hoy: VII Jornadas Agustinianas. San Agustín: 1650 Aniversario de su Nacimiento*, Ed. CTSA, Madrid 2004, pp. 70-73.

y a transcribir uno, sin duda conocido por todos los lectores, en el que el diálogo se torna en vuelo de altura: *“Estando ya inminente el día en que había de salir de esta vida –que tú, Señor, conocías, y nosotros ignorábamos–, sucedió a lo que yo creo, disponiéndolo tú por tus modos ocultos, que nos hallásemos solos yo y ella apoyados sobre una ventana, desde donde se contemplaba un huerto o jardín que había dentro de la casa, allí en Ostia Tiberina, donde, apartados de las turbas, después de las fatigas de un largo viaje, cogíamos fuerzas para la navegación. Allí solos conversábamos dulcísimoamente; y olvidándonos de lo pasado y proyectándonos hacia lo por venir, inquiríamos los dos delante de la verdad presente, que eres tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre concibió. Abríamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente –de la fuente de vida que está en ti– para que, rociados según nuestra capacidad, nos formásemos de algún modo idea de cosa tan grande.*

*Y como llegara nuestra plática a la conclusión de que cualquier deleite de los sentidos carnales, aunque sea el más grande, revestido del mayor esplendor corpóreo, ante el gozo de aquella vida no sólo no es digno de comparación, pero ni aun de ser mentado, levantándonos con más ardiente afecto hacia el que es siempre el mismo, recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos, hasta el mismo cielo, desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra. Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia indeficiente, en donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, allí donde la vida es Sabiduría, por quien todas las cosas existen, así las ya creadas como las que han de ser, sin que ella lo sea por nadie; siendo ahora como fue antes y como será siempre, o más bien, sin que haya en ella pasado ni futuro, sino solo presente, por ser eterna, ya que lo que ha sido o será no es eterno. Y mientras estamos hablando y suspirando por ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón (toto ictu cordis); y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, tornamos al estrépito de nuestra boca, donde tiene principio y fin el verbo humano, en nada semejante a tu Verbo, Señor nuestro, que permanece en sí sin envejecerse y renueva todas las cosas”*<sup>62</sup>.

---

62 Conf. 9,10,23 y 24.

Este diálogo orante y sublime entre la madre y el hijo va a derivar en un vuelo compartido a lo más alto, en el que ambos imaginan la grandeza insuperable de estar presentes ante la eterna Sabiduría, después de que todo, absolutamente todo sin excepción, se haya callado. Entonces llegará la posibilidad de oír directamente a Dios, sin mediaciones, el cual arrebata, absorbe y abisma en los gozos más íntimos a su contemplador. Esto significa entrar en el gozo del Señor<sup>63</sup>.

La Sabiduría es la verdadera riqueza, y Mónica lo subraya muy inteligentemente en sus diálogos. Ella advierte que no entiende cómo puede separarse la miseria de la indigencia. Incluso uno que es rico y que no desea más, no obstante, por el temor de perderlo todo necesita la Sabiduría. Afirma la madre que le llamaríamos indigente si le faltase plata o dinero, y que no lo tenemos por tal si le falta la Sabiduría. Y esto es un error. Agustín reconoce que ésta es una gran verdad que, espigada en los libros de los filósofos, él la reservaba como sorpresa para agasajo final en los diálogos de Casiciaco. La Sabiduría enseña a Mónica que la miseria no es más que la indigencia, y que los indigentes son desgraciados<sup>64</sup>. Agustín advierte que su madre aprende esta lección de oro de una fuente, con la que entra en contacto al tener su alma enteramente consagrada a Dios. Otros sabios se nutren de muchos y diversos conocimientos; no así su madre. Licencio subraya la genialidad de Mónica, ante cuyo planteamiento nada puede decirse ni más verdadero ni más divino. Y es que la máxima y más deplorable indigencia es carecer de Sabiduría, y el que la posee todo lo tiene<sup>65</sup>.

Mónica aparece en los diálogos de Casiciaco mostrando que es humana, sencilla y buena conversadora: una mujer como otra cualquiera. En algún momento –eso sí– aparece un poco desatenta<sup>66</sup>; en otros se ríe ante algunas intervenciones<sup>67</sup>. Ella posee dotes para el diálogo, no sólo en relación a temas cotidianos o coloquiales, sino también en relación a asuntos más elevados. En algún momento

---

63 Cf. conf. 9,10,25.

64 Cf. b.vit. 4,23.

65 Cf. b.vit. 4,27.

66 Cf. b.vit. 3,19.

67 Cf. b.vit. 3,21.

Mónica queda un poco sorprendida por ser aceptada como mujer en discusiones intelectuales que parecían estar reservadas sólo a los varones. Agustín recomienda ir más allá de las apariencias y de los prejuicios. Se ve que Mónica es una mujer de lectura, que conoce los libros de “nuestros mayores”, en palabras de Agustín. ¿Y no va a ser una buena interlocutora? El tagastino defiende que la buena filosofía supone la virtud de la humildad, de manera que espera que otros no lleven a mal el verle filosofando con su madre Mónica, mujer humilde donde las haya.

Mónica está más que capacitada para la filosofía, y su hijo está convencido de que a más de uno le agradará conocer que se ha ejercitado en este arte. Es preciso admitir –además– que también algunas mujeres filosofaron entre los antiguos: “*Y no faltará, créeme, clase de hombres a quienes seguramente agradará más que tú filosofes conmigo que cualquier otro recurso de amenidad o gravedad doctrinal. Porque también las mujeres filosofaron entre los antiguos, y tu filosofía me agrada muchísimo*”<sup>68</sup>. Mónica está muy dotada para la filosofía, porque ama la Sabiduría incluso más que a Agustín, que ya es decir: “*Te excluiría, pues, a ti de este escrito si no amases la sabiduría; te admitiría en él aun cuando sólo tibiamente la amases; mucho más al ver que la amas tanto como yo. Ahora bien: como la amas mucho más que a mí mismo, y yo sé cuánto me amas, y has progresado tanto en su amor que ya ni te conmueve ninguna desgracia ni el terror de la muerte, cosa difícilísima aun para los hombres más doctos, y que por confesión de todos constituye la más alta cima de la filosofía; por esta causa yo mismo tengo motivos para ser discípulo de tu escuela*”<sup>69</sup>. De manera que, incluso Agustín, está dispuesto a ingresar en la escuela de su madre, mientras que ésta, acariciante y piadosa, asegura –ante los piropos del hijo– que éste nunca ha mentido tanto<sup>70</sup>. Genial complicidad materno-filial.

Mónica posee ingenio y ardoroso entusiasmo por las cosas divinas, cualidad de la que Agustín ya ha tomado nota; de los espíritus que toman cartas en los diálogos de Casiciaco, ninguno mejor que

68 Ord. 1,11,31.

69 Ord. 1,11,32.

70 Cf. ord. 1,11,33.

el de Mónica –en palabras del hiponense– para el cultivo de la sana filosofía. A Agustín le agrada que participe en los coloquios, cuando ella esté libre de sus ocupaciones<sup>71</sup>. Mónica asiente ante alguna intervención de su hijo en Casiciaco; por ejemplo al admitir –con su hijo– que Dios es justo siempre, y que al comenzar el mal y discriminarlo del bien, sin ninguna demora, dio a cada cual lo suyo. Dios no tenía necesidad de aprender lo que era la justicia, sino de usar la que siempre tuvo<sup>72</sup>.

Mónica –en otro coloquio– prueba su fina sensibilidad religiosa ante una acción reprobable de Licencio. Una noche, tras la cena, éste salió fuera para una necesidad natural, cantando en voz alta un verso sálmico. Esto no agradó a la santa, pues tales lugares no eran oportunos para repetir tales cánticos. Él se defiende alegando que aquella tonadilla la ha aprendido hace poco, y que le gusta; Mónica le llama la atención, advirtiendo que el lugar es impropio para tales expansiones<sup>73</sup>.

En cuanto al orden divino y a la existencia del mal, Mónica asegura: “*Yo creo que algo puede hacerse fuera del orden de Dios, porque el mismo mal que se ha originado no ha nacido del orden divino; pero la divina justicia no le ha consentido estar desordenado y lo ha reducido y vinculado al orden conveniente*”<sup>74</sup>. Agustín reconoce que su madre posee la capacidad de ir a lo esencial de los asuntos de distintas artes. Su ingenio es nuevo cada día: “*tu ingenio me parece nuevo cada día, y tu espíritu, alejadísimo por la edad y templanza de todas las bagatelas y limpio de toda corrupción corporal, se ha erguido a una maravillosa altura. Para ti serán tan fáciles estas cosas como difíciles a los muy torpes de ingenio y a los que arrastran una vida miserable (...). Pero tú, menospreciando todas estas cosas pueriles o no haciendo caso de ellas, conoces de tal modo la fuerza casi divina y la naturaleza de la gramática, que parece que posees su alma, habiendo dejado su cuerpo para los eruditos*”<sup>75</sup>.

---

71 Cf. ord. 2,1,1.

72 Cf. ord. 2,7,22.

73 Cf. ord. 1,8,22.

74 Ord. 2,7,23.

75 Ord. 2,17,45.

En los diálogos de Casiciaco, Mónica reconoce que el alma tiene sus alimentos. Asegura en sus conversaciones que ninguna otra cosa cree que alimente el alma, sino el conocimiento y la ciencia de las cosas. Ante las dudas de Trígecio, ella le señala que el alma se nutre de manjares propios, tales como sus imaginaciones y pensamientos, afanosa de percibir algo<sup>76</sup>. Mónica se muestra curiosa ante los académicos, preguntando quiénes son y qué es lo que quieren. Tras ser ilustrada al respecto, concluye que estos hombres son caducarios, es decir, estropeados por la epilepsia<sup>77</sup>.

Tratando de definir y caracterizar la vida perfecta y feliz, Mónica encuentra en su memoria las palabras que tiene profundamente grabadas. Como despertando a su fe, llena de gozo, recita los versos del sacerdote: *“Guarda en tu regazo, ioh Trinidad!, a los que te ruegan”*. Y añade después: *“Ésta es, sin duda, la vida feliz, porque es la vida perfecta, y a ella, según presumimos, podemos ser guiados pronto en alas de una fe firme, una gozosa esperanza y ardiente caridad”*<sup>78</sup>.

En lo que respecta al favor de Dios, Mónica recapacita y asegura –cuando habla– que una cosa es tener a Dios y otra no estar sin Dios. Ella concibe que el que vive bien, a Dios tiene propicio. El que vive mal, tiene a Dios enemistado. Y el que busca todavía y no le ha hallado, no le tiene ni propicio ni adverso, pero no está sin Dios. Esta opinión de Mónica parecen compartirla sus contemporáneos en Casiciaco. La santa madre de Agustín continúa hablando de la felicidad, para mostrar su creencia personal: a ella no le parece de ningún modo feliz el que no tiene lo que quiere. Admite Mónica no oponerse a lo razonable, y por tanto acepta que no todo el que tiene propicio a Dios es feliz. Su hijo Agustín corona el debate con una afirmación trimembre, según la cual: 1º, todo el que ha hallado a Dios y lo tiene propicio es dichoso; 2º, todo el que busca a Dios, lo tiene propicio, pero no es dichoso aún; y 3º, todo el que vive alejado de Dios por sus vicios y pecados, no sólo no es dichoso, sino que ni tiene propicio a Dios<sup>79</sup>.

76 Cf. b.vit. 2,8.

77 Cf. b.vit. 2,16.

78 B.vit. 4,35.

79 Cf. b.vit. 3,21.

Lo que estamos recopilando muestra, a las claras, que Mónica está más que capacitada para el diálogo de altura intelectual y la buena filosofía. Su hijo Agustín está más que convencido y por eso, en una ocasión, la informa de que ha conquistado el castillo mismo de la filosofía. Lo hace en un diálogo sobre la felicidad y la infelicidad. ¿Será feliz el que posee todo lo que quiere, cuestiona Agustín? A lo que la madre responde serena: “*si desea bienes y los tiene, sí; pero si desea males, aunque los alcance, es un desgraciado*”<sup>80</sup>. Mónica es una compañera de diálogo de nivel notable; tanto, que en Casiciacio los participantes en los debates creían hallarse sentados junto a un grande varón. Mientras, Agustín da vueltas a su cabeza, pensando en qué divina fuente abreva su madre aquellas luminosas verdades<sup>81</sup>.

## 2.6. *Perdón*

Mónica es una mujer piadosa para con Dios y santamente blanda y morigerada para con las personas con las que convive<sup>82</sup>. Posee un corazón magnánimo y está muy capacitada para perdonar. No sólo perdona las infidelidades del marido, a las que ya hemos aludido. Un momento en el que se ve la gran capacidad de perdón de Mónica es cuando Agustín abandona Cartago y se dirige a Roma. Mónica llora amargamente su partida (con dolor, quejas y gemidos) y sigue a Agustín hasta el mar<sup>83</sup>. Agustín engaña a su madre, justo antes de su partida a la ciudad eterna. Él mismo lo narra en este pasaje antológico: “*pero hube de engañarla, porque me retenía por fuerza, obligándome o a desistir de mi propósito o a llevarla conmigo, por lo que fingí tener que despedir a un amigo al que no quería abandonar hasta que, soplando el viento, se hiciese a la vela. Así engañé a mi madre, y a tal madre, y me escapé, y tú perdonaste este mi pecado misericordiosamente, guardándome, lleno de*

80 Cf. b.vit. 2,10.

81 Cf. b.vit. 2,10. En verdad, ella resuelve con soltura problemas planteados a la inteligencia de los hombres. Está sola en medio de caballeros eruditos. Hace que sus contertulios se olviden de su sexo y se cuestionen por la fuente divina de la que fluyen sus palabras (ARMINJON, V., *Monique de Thagaste. La grande africaine*, Ed. Imprimerie Arc-Isère, Montmélian 1989, pp. 26 y 27).

82 Cf. conf. 9,12,33.

83 Cf. conf. 5,8,15.

*execrables inmundicias, de las aguas del mar para llegar a las aguas de tu gracia, con las cuales lavado, se secasen los ríos de los ojos de mi madre, con los que ante ti regaba por mí todos los días la tierra que estaba bajo su rostro. Sin embargo, como rehusase volver sin mí, apenas pude persuadirla a que permaneciera aquella noche en lugar próximo a nuestra nave, en la Memoria de san Cipriano. Y aquella misma noche me partía clandestinamente sin ella, dejándola orando y llorando. ¿Y qué era lo que te pedía, Dios mío, con tantas lágrimas, sino que no me dejases navegar? Pero tú, mirando las cosas desde un punto más alto y escuchando en el fondo su deseo, no cuidaste de lo que entonces te pedía para hacerme tal como siempre te pedía. Sopló el viento, hinchó nuestras velas y desapareció de nuestra vista la playa, en la que mi madre, a la mañana siguiente, enloquecía de dolor, llenando de quejas y gemidos tus oídos, que no los atendían, antes bien me dejabas correr tras mis pasiones para dar fin a mis concupiscencias y castigar en ella su afecto carnal con el justo azote del dolor. Porque también como las demás madres, y aún mucho más que la mayoría de ellas, deseaba tenerme junto a sí, sin saber los grandes gozos que tú le preparabas con mi ausencia. No lo sabía, y por eso lloraba y se lamentaba, acusando con tales lamentos el fondo que había en ella de Eva al buscar con gemidos lo que con gemidos había parido. Por fin, después de haberme acusado de mentiroso y mal hijo y haberte rogado de nuevo por mí, se volvió a su vida ordinaria y yo a Roma*<sup>84</sup>. Tras este verdadero desgarro, Mónica perdonaba a su hijo del alma, y la relación es reconducida hacia la suavísima comunión.

Mónica se muestra pacífica, siempre que puede, entre almas discordes y disidentes, esperando que lleguen a perdonarse: “*Igualmente, a esta tu buena sierva, en cuyas entrañas me criaste, ioh Dios mío, misericordia mía!, le habías otorgado este otro gran don: de mostrarse tan pacífica, siempre que podía, entre almas discordes y disidentes, cualesquiera que ellas fuesen, que con oír muchas cosas durísimas de una y otra parte, cuales suelen vomitar una hinchada e indigesta discordia, cuando ante la amiga presente desahoga la crudeza de sus odios en amarga conversación sobre la enemiga ausente, que no delataba nada a la una de la otra, sino aquello que podía servir para reconciliarlas*<sup>85</sup>.

---

84 Conf. 5,8,15.

85 Conf. 9,9,21.

## 2.7. *Valentía*

Mónica es una mujer muy valiente. Valiente hasta seguir a Agustín por mar y por tierra, segura en Dios en medio de todos los peligros. Es tan valiente que ella misma anima a los marineros en situaciones de tormenta, alentándolos a la esperanza: “*ya había venido a mi lado la madre, fuerte por su piedad, siguiéndome por mar y tierra, segura de ti en todos los peligros; tanto, que hasta en las tormentas que padecieron en el mar era ella quien animaba a los marineros –siendo así que suelen ser éstos quienes animan a los navegantes desconocedores del mar cuando se turban–, prometiéndoles que llegarían con felicidad al término de su viaje, porque así se lo habías prometido tú en una visión*”<sup>86</sup>. Valiente es Mónica, también, cuando defiende a Ambrosio. Justina, madre del emperador Valentíniano, persiguió por causa de su herejía –a la que había sido inducida por los arrianos– a Ambrosio. Junto a la piadosa plebe que ora en la iglesia, dispuesta a morir con su Obispo, allí está Mónica también. Allí se muestra Mónica, sierva de Dios, como la primera en la solicitud y en las vigilias, ya que no vive sino para la oración, en medio de una ciudad atónita y turbada<sup>87</sup>.

Se alegra y se llena de gozo ante la victoria de Dios en Agustín. Y es que para Mónica no todo son lágrimas, ni mucho menos. Ahí está el testimonio del neoconverso cuando entra con Alipio a ver a la madre: plenitud de gozo, saltos de alegría, cantos de victoria, bendición a Dios por la superabundante generosidad celestial... Y es que se había cumplido la estancia de Agustín en aquella regla de fe mostrada en visión a Mónica: “*Después (Alipio y yo) entramos a ver a mi madre, indicándoselo, y se llenó de gozo; le contamos el modo como había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a ti, que eres poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos, porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con sollozos y lágrimas piadosas. Porque de tal modo me convertiste a ti que ya no apetecía esposa ni abrigaba esperanza alguna de este mundo, estando ya en aquella regla de fe sobre la que hacía tantos años me habías mostrado a mi madre. Y así convertiste su llanto en gozo, mucho más fecundo de lo que ella*

86 Conf. 6,1,1.

87 Cf. conf. 9,7,15.

*había apetecido y mucho más caro y casto que el que podía esperar de los nietos que le diera mi carne*<sup>88</sup>.

Mónica –imagen de la Iglesia– se alegra porque la fe arraiga admirable y definitivamente en su hijo Agustín. Marco Mazzarini toma buena nota de ello, al advertir que Mónica es la mujer que engendra a la fe y que impulsa a la fe eclesial. La voz de Dios se comunica a Agustín a través de la voz de Mónica. Mónica está vinculada valientemente al parto en la carne y al parto en el corazón. El parto en el corazón queda asociado al bautismo de Agustín, en el seno de la *Mater Ecclesia*. Mónica ofrece la fe a Agustín, y esta fe va creciendo progresivamente. Ella ha ganado valientemente a Agustín para Dios, gracias a su servicio, a sus oraciones, a sus lágrimas, y a su piedad. Mónica ha escuchado al Maestro interior, y después ha transmitido el nombre de Cristo a su Hijo. La fe materna, cultivada en la familia desde la niñez, ha tenido una importancia decisiva en la vida de Agustín. Es indudable. La oración de Mónica por Agustín ha tenido un puesto determinante y decisivo; su ejemplo de vida para Agustín ha sido mucho más fuerte que la transmisión de conocimientos y que la educación recibida. Lo indiscutiblemente determinante ha sido la oración y la súplica continua, que ha tenido como meta la *salus* de Agustín. Plegaria –en el caso de Mónica– caracterizada por su gran intensidad. Plegaria generada con mucho afecto y generadora de mucho efecto. Lágrimas abundantes con las que Mónica llora ante Dios por su hijo. Maternidad espiritual insuperable, que se sitúa más allá y junto a la maternidad carnal-biológica<sup>89</sup>.

### 3. SANTA MÓNICA, MUJER MODÉLICA PARA EL SIGLO XXI

Mónica es una santa adornada con no pocas virtudes, como acabamos de ver. Agustín la recuerda como aquella que está vestida con traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, caridad de madre

88 Conf. 8,12,30.

89 Cf. MAZZARINI, M., «Monica: donna che trasmette la fede», *Percorsi Agostiniani* 12/23 (2019) 81-127.

y piedad cristiana<sup>90</sup>. Mónica vive una vida espiritual recia y seria. Es adoctrinada por Dios, maestro interior, en la escuela de su corazón<sup>91</sup>. Ella es –también para los hombres y mujeres del siglo XXI– una mujer modélica en varias facetas de la experiencia humana. Vamos a fijarnos ahora en algunas de ellas, sin ánimo de exhaustividad.

### 1º *Modelo de esposa*

Mónica ha sabido gobernar su hogar con prudencia y acierto, educar a sus hijos en su misma fe cristiana, atraer a la misma fe a cuantos en su hogar conviven con ella, después de haber logrado borrar –con su ejemplar y suave trato– la inicial prevención con que ha sido recibida. Ha acertado a llevar –aquí está su principal mérito– la convivencia matrimonial con una delicadeza, tacto y paciencia tales, que ha logrado sortear las especiales dificultades que su matrimonio presentaba. Mónica ha salvado –con el pertinente auxilio divino– su matrimonio. Ha sabido tener paciencia, y no poca. Ha tenido, al fin, el consuelo de conducir a su marido, pagano, a la misma fe que ella profesa. Mónica es, en sí misma, todo un programa de vida para las esposas cristianas del siglo XXI. Modelo para tantas cónyuges, que a veces andan muy temerosas o muy atrevidas, sin saber por dónde navegar en las no siempre limpias aguas de paradigmas líquidos, ultramodernos o alejados de la verdadera esencia de la feminidad.

### 2º *Modelo de madre*<sup>92</sup>

Mónica es una madre de arriba abajo. Nos quedaremos siempre cortos al intentar reflejar este peculiar rasgo suyo. Es la de Santa Mónica la imagen más adecuada para alentar, sostener y consolar a tantas madres desgraciadas, a causa de sus hijos extraviados; unas veces porque están alejados de la fe, y otras por vivir con una desordenada

---

90 Conf. 9,4,8.

91 Conf. 9,9,21.

92 A este respecto conviene conocer la publicación, escrita más en tono de pastoral familiar, de MORALES, M., “*Tus hijos volverán*”. Un “*viaje*” apasionante con Mónica y Agustín, Ed. Ciudad Nueva, Madrid 2019.

conducta. La trayectoria de su vida nos la presenta, según hemos visto, en las más variadas situaciones por las que una madre puede pasar. Mónica supera todos los desafíos con una altura humana y espiritual que fuerza a las madres a refugiarse en ella, a aceptarla como modelo y a dejarse iluminar por su luz ejemplar, ante una misión tan delicada y difícil como es la de ser madre. Mónica es modelo de madre, y esto por su bondad y heroísmo. Basta seguirla en su caminar tras el hijo, sin acritud ni fatiga, creyéndole tantas veces perdido, y siempre intentando pacientemente (durante diecisiete años) devolverle a la luz. En este seguimiento del hijo alejado de la fe y en su tenaz conato por recuperarlo es donde su figura se agranda y agiganta a unos niveles de altura casi divina. Mónica busca y rebusca a su hijo espiritualmente enfermo; su corazón maternal busca a este hijo ciego, no tanto por estar privado de la luz del sol, cuanto por hallarse internamente bloqueado para contemplar la luz de la fe.

Mónica ocupa un lugar destacado entre las madres que la historia puede ofrecer a la humanidad como ejemplo. Esto nos obliga, además, a guardar su nombre con veneración y gratitud, porque esa historia de la humanidad le debe un gran hombre: Agustín. La misma Iglesia le debe uno de sus más grandes doctores y padres de la Iglesia. Dice Poujoulat que sin sus lágrimas y ternura religiosa, la Iglesia católica no hubiera tenido, tal vez, a Agustín. Es muy posible que esto sea muy cierto; parece evidente. Las lágrimas de Mónica y sus altas virtudes llevan a Agustín a la vida cristiana. Continúa señalando Poujoulat que los grandes hombres, aquellos que más bien han hecho al mundo, tenían el corazón hecho a imagen del de su madre. Y es que cuando el genio se encuentra en un hombre que ha mamado la leche de una excelente madre, y que ha recibido de ella las primeras lecciones, no hay que temer que ese genio sea un azote para las sociedades; al contrario, siempre será para ellas consuelo y luz.

Lo que hay de santo y sublime en la tierra tiene su germen en los corazones maternales. En tanto quede alguna madre con algún rayo de cielo en su alma, no debe desesperarse de los destinos de su pueblo. Estas hermosas líneas que Santa Mónica inspiró a Poujoulat, y con las que nos identificamos al pie de la letra, no hacen sino reafirmar lo que hemos venido diciendo de ella como madre y modelo de madres. Y toda la historia de Mónica enseña –y esta es la gran lección para

madres y no madres del siglo XXI- que Dios no resistirá jamás los gemidos de una madre que ora y llora por sus hijos.

### *3º Modelo de religiosidad*

El gran secreto de nuestra heroína es la fe vivida en profundidad. De ahí que la encontremos pronto, aparte de su riqueza en virtudes humanas, adornada con las virtudes cristianas y dotada de una grandeza de alma y de una entereza al servicio de Dios que asombran. En el fondo, se encuentra uno en Mónica con una rica espiritualidad que la lleva a irradiar la Sabiduría y el arte de ser cristianos en cualquier circunstancia de la vida; en ella, sobre todo, captamos el arte de ser esposa y madre. Está claro que hay una fuente que explica todo esto: su espíritu de oración. Ya lo hemos apuntado. Oración y lágrimas se convierten en su vida en su pan cotidiano. Siempre cree y confía todo a la ayuda del Señor, y esto porque siempre cree en la indiscutible eficacia de la oración insistente. No parece exagerado afirmar que Mónica ha estado dotada de un especial carisma de oración. Esto explica, por una parte, lo mucho que ha conseguido; por otra, que en el Agustín recién convertido la oración fluya espontánea, constante y consoladora. El Águila de Hipona ha tenido una magnífica escuela al lado de su madre. La fe religiosa de ésta se ha asentado siempre en dos pilares, que luego tanto pregonará su hijo: gracia o gratuidad y misericordia por parte del Señor. Es cierto que ha puesto en juego algunos medios humanos para lograr sus propósitos, aunque también es verdad que –en el fondo– todo lo ha esperado siempre de arriba. Ha tratado de alcanzar todo con oración y lágrimas, convencida de que para los caminos descarriados de su hijo no había otra salida eficaz. Y ha acertado.

### *4º Modelo de santidad*

Esta religiosidad a la que acabamos de aludir desemboca en que podamos hablar de Mónica como mujer modélica por su santidad. Ha logrado efectivamente mucho, y el Señor la ha premiado grandemente y con generosidad. Estos logros podemos muy bien considerarlos como premios a una vida santa. Es verdad que la santidad nunca ha

sido producto de una vida cómoda y sin esfuerzo. En efecto, el sendero de la santidad –meta al alcance de todos– únicamente es recorrido por las almas esforzadas, fuertes y valientes. Mónica demuestra –con creces– poseer esas cualidades y, por tanto, tener inequívocamente categoría de altura virtuosa, como para ser encuadrada indudablemente en los parámetros de la santidad. Una santidad la suya, insistimos, basada en la firme fe que ha informado su vida de cada día. Dios ha sido para ella, ya desde muy joven, una realidad viva, presente y esperanzadora, a la que siempre se ha acogido: primero en su vida matrimonial y de hogar, y después en su dura y sostenida lucha, en pos de la salvación de Agustín. Cuando tantas veces casi todo en la vida de su hijo parece llevar a la desesperanza, su probada y firme religiosidad ha sabido siempre buscar la respuesta en lo alto. Dios siempre ha respondido a Mónica. Es ciertamente extraordinaria esa constancia y tenacidad suya en la oración incesante por su hijo, sin dar muestras de cansancio o desfallecimiento. Esto define y hace patente su santa vida de fe y piedad.

Ciertamente no podemos hablar en su vida de nada “milagroso”, en el sentido teológico estricto de la palabra. Sí podemos indicar que el Señor ha estado a su lado, y que prueba y ayuda a Mónica, con muchas y consoladoras manifestaciones de la amorosa providencia divina. Ha sido un hecho patente la presencia actuante del Señor que Mónica ha vivido, presencia actuante a través de sueños, visiones, inspiraciones o consuelos especiales. Esto se ha dado en momentos claves de su vida. Animada por ello y con renovada confianza, Mónica comunicará todo esto después a su hijo. Es posible que sin tales manifestaciones –prueba nítida de la amorosa providencia del Señor– nuestra madre Mónica hubiera desfallecido ante tanta adversidad como le iba saliendo al paso. No es fácil mantener el tipo ante lo que Mónica encuentra alrededor. No obstante, Dios jalona su camino con hitos más que esperanzadores.

Ella, en fin, como modelo atemporal, nos dice que para la santidad no hay ni tiempos ni distancias. Y es verdad: lo que pudo ser ella ayer (en el siglo IV) podemos y debemos serlo nosotros hoy (en el siglo XXI). La santidad es un don y una tarea para todos, los de ayer, los de hoy, y también los de mañana; de lo que se trata es de saber abrevar en el manantial divino y responder en la vida de cada día a tantas

gracias como el Señor nos adelanta. Solamente así Mónica ha logrado pasar a la posteridad como transmisora de contenidos doctrinales, experiencias aleccionadoras, ejemplaridad de vida y plenitud de riqueza espiritual. Todo ello la avala como lo que es en realidad: una Santa de los pies a la cabeza<sup>93</sup>. Y ahora toca hacerse unas preguntas. ¿Estarán las esposas cristianas de nuestros días a la altura de Mónica, cuando las cosas vengan mal dadas en la relación con los esposos, y sean convocadas a orar y a no romper –por la *vía express*– lo que Dios previamente ha unido? ¿Estarán las madres *hodiernas* convencidas de que nada hay imposible para Dios, ni siquiera convertir en dones lúminosos para la humanidad a hijos que una y otra vez se revuelcan en los cienos de la pegajosa Babilonia? ¿Estaremos los cristianos todos sin excepción –venidos de distintas formas de vida y de distantes latitudes culturales– persuadidos de los frutos inequívocos que estamos llamados a ofrecer a la Iglesia, y de que sólo podremos brindárselos si nos tomamos en serio las virtudes que Mónica vivió intensamente?

#### 4. ORACIÓN DE AGUSTÍN TRAS LA MUERTE DE MÓNICA

Y vamos ya a terminar este breve acercamiento a la figura entrañable de Santa Mónica. Lo hacemos cediéndole la palabra a su hijo Agustín. En una oración llena de cariño filial, el hiponense mira al cielo mientras recuerda a su madre querida. Lo hace como tomándola otra vez de la mano, prolongando aquel éxtasis inolvidable de Ostia:

*“Señor, (...) mi madre (...) únicamente deseó que nos acordásemos de ella ante el altar del Señor, al cual había servido sin dejar ningún día, sabiendo que en él es donde se inmola la Víctima santa, con cuya sangre fue borrada la escritura que había contra nosotros, y vencido el enemigo que cuenta nuestros delitos y busca de qué acusarnos, no hallando nada en aquel en quien nosotros vencemos.*

---

93 Cf. ÁLVAREZ, U., *Santa Mónica. Retrato de una madre*, Ed. Edes, Real Monasterio del Escorial / Madrid 2004, pp. 232-236. De esta referencia hemos sacado, con muy ligeras variaciones, prácticamente todo lo que hemos escrito en este tercer apartado del artículo.

*¿Quién podrá devolverle su sangre inocente? ¿Quién restituirle el precio con que nos compró, para arrancarnos de aquél? A este sacramento de nuestro precio ligó tu sierva su alma con el vínculo de la fe. Nadie la aparte de tu protección. No se interponga, ni por fuerza ni por insidia, el león o el dragón. Porque no dirá ella que no debe nada, para ser convencida y presa del astuto acusador, sino que sus pecados le han sido perdonados por aquél a quien nadie podrá devolverle lo que no debiendo por nosotros dio por nosotros.*

*Sea, pues, en paz con su marido, antes del cual y después del cual no tuvo otro; a quien sirvió, ofreciéndote a ti el fruto con paciencia, a fin de lucrarle para ti. Mas inspira, Señor mío y Dios mío, inspira a tus siervos, mis hermanos; a tus hijos, mis señores, a quienes sirvo con el corazón, con la palabra y con la pluma, para que cuantos leyeren estas cosas se acuerden ante tu altar de Mónica, tu sierva, y de Patricio, en otro tiempo su esposo, por cuya carne me introdujiste en esta vida no sé cómo. Acuérdense con piadoso afecto de los que fueron mis padres en esta luz transitoria; mis hermanos, debajo de ti, ioh Padre!, en el seno de la madre Católica, y mis ciudadanos en la Jerusalén eterna, por la que suspira la peregrinación de tu pueblo desde su salida hasta su regreso, a fin de que lo que aquélle me pidió en el último instante le sea concedido más abundantemente por las oraciones de muchos con estas mis Confesiones, que no por mis solas oraciones”<sup>94</sup>.*

P. MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

---

94 Conf. 9,36 y 37.

